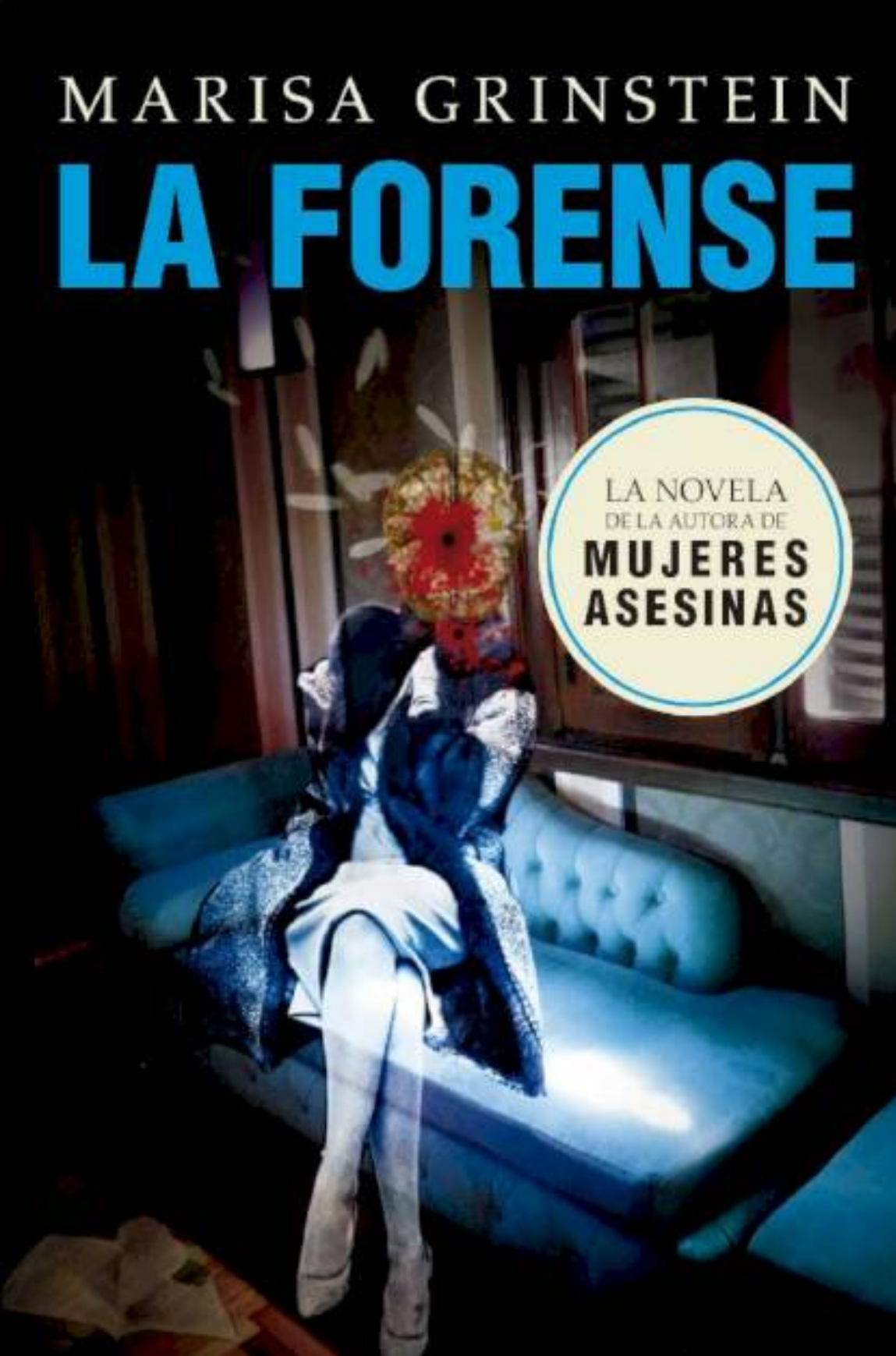


MARISA GRINSTEIN
LA FORENSE

LA NOVELA
DE LA AUTORA DE
**MUJERES
ASESINAS**



Marisa Grinstein

La forense

Sudamericana

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Emilia, mi hija.

PRIMERA PARTE

Antes de ir a dormir, María se puso su remera gastada que le llegaba a las rodillas, abrió una lata de sardinas y una botella chica de cerveza. Tenía un difuso dolor en la espalda, que le hizo recordar su edad y la cercanía, cada vez más evidente, a la vejez. Le molestaban las indefiniciones, y su edad era una muestra clara de las medias tintas. No era una mujer joven ni tampoco una anciana. Aunque seguía teniendo regularmente la menstruación, sabía que en teoría estaba atravesando la premenopausia. A pesar de cargar con unos pocos kilos de más, estaba en forma, pero de la manera en la que puede estar en forma una mujer cercana a los cincuenta: con la piel que cede, con el culo que va cayendo, con una panza que no se arregla en el gimnasio, con unas arrugas que se combinan con los últimos estertores del óvalo de la cara: la mandíbula ya no se marca sino que queda encubierta por mejillas descendentes que insinúan años y años de decepciones y amargura.

Sonó el teléfono. La Colo, una de sus pacientes más violentas y desequilibradas, lloraba a gritos al otro lado de la línea: su amante y socio en robos y venta de drogas le había pegado con la culata del revólver y había amenazado con volarle la cabeza. María la calmó como pudo y prometió llamarla al día siguiente. En otro momento habría salido corriendo a buscarla, le habría dado un ansiolítico y se habría quedado con ella hasta verla más tranquila. Pero acababa de firmar su licencia laboral obligatoria y no se animaba a contravenir las reglas el mismo día en que se habían establecido.

Terminó las sardinas y con los restos de su cerveza tomó el ansiolítico que —pensó— debería haber tomado la Colo. Sin embargo, ella no estaba mucho mejor que su paciente.

Se metió en la cama, se puso el control remoto sobre el pecho, apuntando a la pantalla, y empezó a hacer zapping. Después de toparse con programas de guerra, de animales, de analistas políticos, de economistas, películas varias y series viejas, encontró un reportaje a un filósofo. El hombre estaba completamente enamorado de su esposa y contaba que siempre, ante la perspectiva de una amante, él seguía eligiendo a su esposa, sin dudarlo ni un minuto.

Apagó. Hizo un racconto de sus antiguas parejas. No volvería elegir a ninguno de sus ex. Pensó en Luis, su amante. Era probable que él también compartiera los sentimientos del filósofo de la televisión. Por algo hacía más de tres años que estaban juntos y Luis jamás había insinuado la posibilidad de separarse de su mujer de siempre.

María se levantó, fue a hacer pis, tomó media pastilla más del mismo ansiolítico y apagó la luz. Un rato después se levantó. Era asombroso, inclusive para ella, que era psicóloga, constatar cómo el cuerpo se acostumbraba a los psicofármacos: dejaban de hacerle efecto y tenía que redoblar la dosis para conseguir los mismos resultados. Pensó en Michael Jackson y su muerte a causa del uso desafortunado de medicamentos, y evitó tomar más. Se sentó, en cambio, frente a su computadora. Iba a ponerse a escribir. Era su última idea de autosalvataje: contar su vida y detallar sus traumas, sus frustraciones. Creía que de alguna manera estaba utilizando un principio del psicoanálisis: que tal como sucedía en el diván —cuando el paciente escuchaba su propia voz y empezaba a distanciarse de su relato personal— lo mismo le sucedería al leerse.

No me puedo dormir, pero si yo fuera una paciente, le diría — me diría— que es normal. Diría: "María, acabás de ser desplazada de tu trabajo por unos cuantos meses. Y estás sola, y estás enamorada de tu novio, mejor dicho tu amante, pero él aparece de vez en cuando y no te llama en la puta vida, y además estás envejeciendo, y así cualquiera estaría con el ánimo por el piso".

María releyó lo que había escrito y dudó acerca de la conveniencia de poner su propio nombre. Podía sustituir el verdadero María por un nombre falso, y encubrir en parte todo lo que estaba dispuesta a contar. Pero, en realidad, no tendría lectores. No le mostraría su relato a nadie, aunque siempre existía la posibilidad de que alguien terminara leyéndolo.

Pensó que tenía que abundar en detalles filiatorios y domésticos, aunque se preguntó si terapéuticamente le sería de alguna utilidad contarse a sí misma lo que ya sabía de sobra. Lo mejor, acaso, sería explayarse sobre sus miedos y dificultades para encarar su vida. Eso sí podría venirle bien. Pero al final prefirió mezclar los dos carriles. Quién sabe si en algún momento todo eso podría convertirse en un libro y ser publicado. Se rio de su propia idea: sucumbo, como todos —se dijo— a la fantasía de que mi vida es interesante para los demás.

Estoy, entonces, sola y sin trabajo. Económicamente me las arreglaré, gastando apenas lo indispensable. Pasaré a cobrar un sueldo básico como forense, que es, calculo, la mitad de lo que cobraba antes. Ya no podré hacer consultas con clientes particulares ni horas extras en el hospital. Pero eso se arregla, lo que no se arregla es lo de mis pacientes. Trabajé más de veinte años en la Justicia y conozco a mis colegas. A nadie le importa nada de los pacientes. A mí me importan. Para mí, por ejemplo, la Colo (que acaba de llamarme por teléfono) no es una ladrona que estuvo presa por robo y lesiones graves y que suele reincidir. Para mí es una pobre chica que vivió en la villa y que no tuvo a nadie que la cuide. Para mis colegas eso no importa. Para mis colegas a la Colo hay que mandarla a la cárcel y dejarla ahí hasta que le toque salir. Y una vez que sale, problema de ella. Yo no, yo quiero estar con ella en la cárcel, llevarle chocolates y cigarrillos y hacerle algo parecido a una buena psicoterapia. Y seguir con la terapia cuando sale en libertad. Es más, lo que yo querría es que no fuera a la cárcel, y creo que eso es lo que en el fondo me dejó como estoy ahora: sin laburo, sancionada. Defenestrada, como hubiera dicho mi profesora de filosofía del colegio. Quise ayudar a que otros no se hundieran y terminé con el agua hasta el cuello.

María se sirvió agua helada y leyó su texto. Pensó que era malo e inútil. Advirtió, con tristeza, que no lograba transmitir lo que quería decir.

Buscó entre sus carpetas y volvió a leer el texto de su licencia forzosa “por un año, prorrogable, en función de su mejoría y de nuevos test y análisis que le pudieran o no ser requeridos en su momento, y a los que la licenciada Cabarca no podrá negarse”.

Nunca, como ahora, pude entender de manera tan concreta a mis pacientes. Cuando un terapeuta les dice que hablen y que cuenten lo que les pasó, ¿en qué piensan? ¿En qué piensa una mujer que acaba de matar a su marido, que está detenida por primera vez en su vida, y a la que le aparece una forense a preguntarle qué acaba de hacer y por qué lo hizo? ¿Qué contesta un tipo que mata a otro para robarle el auto y tiene que explicar las cosas frente a la policía? Es raro, porque me tocó cientos de veces preguntarles a los detenidos, recién detenidos, qué es lo que había pasado. Mi función es —era— saber si esa gente tenía o no conciencia de sus actos, como solemos decir, o sea, si eran o no inimputables. La diferencia es la cárcel o el psiquiátrico. O la libertad, inclusive. Pero siempre me llamó la atención que en esa primera entrevista con los detenidos, me ponían cara de asombro y les costaba contestar. Es como que no podían seguir el hilo de sus propios actos. Y ahora me encuentro yo, sentada frente a la computadora, aparentemente tranquila, tratando de escribir lo que me pasa (sin que me haya pasado nada espectacular), y me enredo en detalles y cuento las cosas de manera lineal y fría, y no consigo redactar algo como la gente, algo que cuando sea leído (aunque sea por mí) pueda explicar alguna cosa de la vida. De la mía o de los pacientes o de los presos o de la inutilidad de buena parte del mundo forense. Pero no. Escribo huevadas que no le interesan a nadie. Y ya que estoy embarcada en esto, puedo pensar: ¿a quién le interesa mi vida? ¿A mi hija Victoria, que ya tiene su mundo armado con su novio? ¿Le interesa a Fernando, mi papá, que está empezando a tener problemas serios de memoria, y que nunca se preocupó por nadie? ¿Le interesa a Enrique, mi ex, que me quiere mucho pero que más quiere estar en su casa tomando whisky? ¿Le intereso a Luis, mi amante casado?

Lo raro es que antes, hace unos años, yo le importaba a mucha gente. ¿Será que con el tiempo uno deja de interesarles a los

demás? Es posible, porque a mí también muchas cosas dejaron de importarme.

A la mañana siguiente, María encontró tres mensajes en su contestador: uno de su hija Victoria, para pedirle una olla a presión, y dos de la Colo, que estaba en el bar de siempre y quería verla.

Mientras se duchaba, hizo el recuento de los pacientes que debería abandonar. Los más graves eran cuatro mujeres y dos hombres. Barajó varias alternativas de psicólogos y psiquiatras que podrían atenderlos con mínimos honorarios. Ese mismo día llamaría a algunos para arreglar el asunto. Le parecía injusto que no solamente la apartaran del cuerpo forense judicial sino que la inhibieran, además, de atender pacientes en forma particular.

Su mejor amigo, Rodrigo, un psiquiatra con quien había compartido varios informes forenses, le venía advirtiéndole que sus jefes la seguían de cerca, pero a ella le parecía absurdo que hicieran algo en su contra.

María tenía una extraordinaria capacidad para ponerse en el lugar de los que creía débiles y perdedores. Esa empatía llevada a extremos arbitrarios en el ámbito laboral, había dado como resultado informes incorrectos, con sus consiguientes efectos judiciales. Como era habitual que sus "pacientitos", como los llamaba ella, volvieran a cometer delitos poco después de salir en libertad, los jefes de María habían decidido sancionarla.

Cuando María terminó de vestirse llegó Rodrigo a su casa, furioso y sin haber avisado, aunque ella ya esperaba su visita de reproche. Miró de reojo el desorden general y le explicó, con su clásico tono desapasionado, que lo suyo era una catástrofe anunciada. María se defendió como pudo, levantando el tono para no escuchar los argumentos de su amigo, pero Rodrigo esperó con paciencia su turno para contraatacar: una vez más le dijo que era obvio que le dieran una patada en el culo porque su laburo consistía en analizar si los detenidos eran o no inimputables. El error de María, según Rodrigo, era considerar inimputables a la ma-

yoría, con la idea de que les estaba haciendo un gran favor ahorrándoles la cárcel. La trama de su torpeza seguía siempre de la misma manera: los atendía casi gratis y poco después sus flamantes pacientes, lejos de mejorar, reincidían y volvían a ser detenidos.

María no contestó y fue a buscar alimento para su hámster. Antes de dárselo, se quedó parada al lado de la jaula, mirando cómo Hannibal trepaba por su ruedita y se quedaba siempre en el mismo lugar.

La Colo la esperaba en el bar Central, en la mesa que estaba al fondo, junto a la entrada de los baños. María la miró desde la puerta y ya desde ahí pudo verle el ojo derecho negro e hinchado. Tenía un poco de sangre manchándole la remera blanca que llevaba la leyenda "Muerta en vida". María se sentó frente a su ex paciente y la miró a los ojos. "Tenés que separarte de tu novio. Lo sabés bien, boluda. Te tenés que separar. Se-pa-rar. Basta. Mirate como estás".

La Colo se quedó en silencio unos segundos hasta que de un manotazo volcó el vaso de cerveza y se puso a llorar como ella: a los gritos, e intercalando sonidos guturales espasmódicos. Se abrazó a María y le dijo lo de siempre, que su novio era su vida y que no iba a renunciar a él.

María frenó su impulso de consolarla y se recordó, en silencio, su obligación de terapeuta medianamente eficaz. Tuvo en cuenta, además, que ni siquiera podría seguir atendiéndola formalmente. "Colo, ese tipo es tu vida, pero tu vida es una mierda. Voy a desayunar y vos me vas a acompañar con un café con leche y unas medialunas".

Una hora después la Colo se había calmado y María había entrado en ese éxtasis plano de felicidad que le aparecía, siempre, cuando sentía que estaba ayudando a alguien. No era un sentimiento explosivo (como sí lo era —para ella— el enamoramiento, una llamada inesperada de Luis, un informe forense brillante) pero sí era un sentimiento pacífico y rotundo, una especie de fe en la capacidad bondadosa del hombre.

La despidió, atravesó la ciudad y se instaló en otro bar, el que estaba en la esquina de su casa, y desde ahí llamó a su padre, Fernando. Hizo varios intentos pero nunca le contestó. Empezó a preocuparse. Su padre era un hombre parco, que se había ganado la vida a duras penas como profesor de piano, y que en los últimos años había decidido retirarse paulatinamente de toda actividad. Cada vez tenía menos alumnos, había abandonado a sus pocos amigos y parientes, y pasaba buena parte del tiempo encerrado en su casa lúgubre, charlando en voz alta con la madre de María, que había muerto hacía siete años.

Los vecinos de Fernando la habían llamado dos veces en el último mes para alertarla sobre detalles inquietantes: una vez había dejado, en un descuido, el gas abierto. Y otra se había dormido con la puerta de su departamento abierta de par en par. "No me acuerdo por qué no cerré, es raro porque odio las puertas abiertas", explicó después.

María había consultado con Rodrigo que, como psiquiatra, pidió una serie de análisis y estudios a los que Fernando no parecía dispuesto a someterse. "Lo único que me pone bien es hablar con tu mamá. Y lo demás me resbala", solía decirle a su hija, para desactivar sus intentos terapéuticos.

Cuando todavía estaba decidiendo si iría o no a la casa de su padre, recibió la llamada de su jefe que le pedía que fuera cuanto antes a firmar un expediente. Tenía que asentar su conformidad a la decisión de la junta médica que la había evaluado. "¿Puedo decir que no?", preguntó, sobreactuando un tono irónico. El jefe fue terminante: "Es apenas una formalidad. La carpeta ya pasó a la sección de personal. Si ya lo sabés".

María pidió una cerveza, pensando en la Colo. Tuvo la certeza que, de haber tenido ella misma la historia familiar de su paciente, hubiera sido mucho más cruel y resentida. En silencio brindó por la Colo y volvió a su casa.

En el contestador había dos mensajes de Eugenia, otra de sus pacientes complicadas. Había estado dos años en la cárcel, siete años en un psiquiátrico y había salido hacía dos. Ella misma había firmado el informe en el que certificaba que su delirio místico había cedido y que no presentaba rasgos violentos ni alteración alguna de la conducta que pudiera derivar en un peligro para su reinserción social. María había redactado el certificado con menos convencimiento que buenas intenciones. Sabía que el estado psíquico de Eugenia era inestable, pero estaba segura de que en la calle tendría mayores posibilidades de mejoría que en el psiquiátrico.

Ya libre, Eugenia había ido a vivir con una tía que tampoco era el ejemplo de salud mental: una mujer rencorosa y con tendencias paranoides, que no tomaba ninguna decisión sin la anuencia de parapsicólogos, brujas y videntes. María sospechaba que, además, la tía era reacia a darle los medicamentos que Eugenia necesitaba. Y sus dos últimos mensajes eran, en ese sentido, elocuentes.

Los escuchó tres veces seguidas, recordando lo que le había dicho Rodrigo. Eugenia hablaba con voz exaltada y demandante, y pedía verla de inmediato "cerca de lo de la tía, en esta zona", sin más explicaciones. La llamó pero nadie atendía. Decidió esperar. Mientras tanto, seguiría escribiendo.

Pensó que tendría que dividir el libro en capítulos, o al menos en ítems como pareja, amigos, familia, o lo que fuera. En realidad no tenía la menor idea acerca de la construcción de un relato. Hizo entonces lo que solía hacer en su vida: empezar, para después ir organizándose.

Lo asombroso del paso del tiempo es la diferencia entre lo objetivo y lo subjetivo. Lo real, en mi caso, es que estoy cerca de los cincuenta años. Y lo subjetivo es que frente a los conflictos más serios de la vida, tiendo a sentirme como de catorce. No sé si a algún futuro paciente le podrá servir de algo, pero quiero contarle, acaso con la idea ingenua de que les ayude saber que hay tanta gente con problemas, incluyendo a los que aparentemente no los tienen. Incluyendo, también, a los propios

analistas. Y pongo un ejemplo. Cuando mi jefe me citó para comunicarme que me iban a separar de mi cargo, en un principio de manera temporal, me olvidé de quién era yo en esa etapa de mi vida, en ese momento. Había desaparecido la licenciada Cabarca y en su lugar estaba la que fui en plena adolescencia, muda, rígida, sintiéndome la más incapaz, la más inadaptada, la que no podía defenderse sola ni valerse por sí misma. Tardé un buen rato en volver a mi lugar en el mundo y quitarme de encima a la alumna de colegio secundario, avergonzada ante sus profesores, sus compañeros y sus padres. Y tampoco fue que me la saqué de encima, porque lo que hice fue, apenas, forzar-me a tomar conciencia de mi edad y mi situación. Pero no pude contestarle a mi jefe, ni defenderme ni pelearme. Me limité a asentir y a despedirme con gesto adusto. O sea, la señora profesional pero sin los recursos propios de un adulto. Lo peor de los dos mundos. Estaba harta de ese sentimiento de invalidez que nacía ante cada conflicto.

Escribir sobre sus zonas más vulnerables le resultaba traumático. Tenía ganas de llorar, incontenibles. Se levantó y fue al baño para lavarse la cara. Odiaba verse con los ojos hinchados y rojos. Siempre admiraba a las actrices que lloraban en pantalla y se veían fabulosas, tristes pero bellas. A ella el llanto la afeaba. Volvió a sonar el teléfono. Era Eugenia que, en susurros, le dijo que la estaban siguiendo y que necesitaba verla "en zona". María tardó varios minutos en ubicar geográficamente a su paciente, y concertar una cita. Tendría que viajar bastante para verla, pero no podía negarse: era consciente de que Eugenia estaba descontrolada y podía ser potencialmente peligrosa. "Si esta mina mete la gamba, a mí me echan ya mismo", se decía, mientras tomaba, apurada, un ansiolítico.

En el taxi llamó a un colega y le dejó un mensaje en el contestador conminándolo a atender a Eugenia. "Tenés que verla, después voy al consultorio y te cuento el historial. No me digas que no porque yo siempre te atendí a los pacientes que me mandabas. Nunca te dije que no. Y ni siquiera les cobraba".

María se concentró en el paisaje. A medida que avanzaban, los edificios del centro dieron lugar a barrios más y

más decadentes, hasta que entraron a una zona claramente marginal. El taxista le anunció que iba a trabar las puertas. "La llevo a usted porque es médica, la escuché cuando hablaba. Si no, ni loco me venía para acá".

María se dio cuenta del malentendido pero no dijo nada. Si le contaba que no era médica sino psicóloga, era probable que la buena voluntad del taxista comenzara a tambalear. Empezó a estudiar la zona, buscando el bar en el que estaban citadas. Lo vio, pagó el taxi y bajó. Antes de empezar a caminar chequeó la cantidad de dinero que le quedaba en la billetera. El taxi le había resultado carísimo y María había empezado a tomar conciencia de sus limitaciones económicas. Iba a volver en taxi, si conseguía uno, o en remise, pero esa noche no compraría su habitual botella de vino. De golpe, después de años y años de vivir sin hacer cuentas ni pensar en los precios de las cosas, tendría que adaptarse a la novedad de la estrechez financiera. Pensó, con rabia, que en toda su vida profesional había ganado bastante dinero pero no había ahorrado tanto. Había vivido sin plantearse, ni por un minuto, la posibilidad de perder su trabajo y quedar desamparada. Podía haber apartado una parte más importante de sus ingresos pensando en su futuro, pero no lo había hecho y ya era tarde para lamentarse.

Antes de entrar al bar, Eugenia se le apareció, corriendo. "Doctora, vamos a otro lado porque me siguen, me vigilan". María la miró: estaba vestida con una pollera azul y una remera blanca, lo cual le daba el aspecto de una monja laica. Tenía el pelo tirante, atado con una cinta azul. Llevaba unos zapatos verdes de tacos altos, toscos, que no tenían nada que ver con el resto del conjunto. Eugenia advirtió la mirada de María. "Me tuve que poner estos tacos, son de mi tía, porque ella me escondió las zapatillas para que no salga".

Fueron a una plaza abandonada y se sentaron en un banco de piedra semidestruido. Eugenia hablaba sin parar, en un estado maníaco alarmante. Acusaba a su tía de apartarla de sus ideales religiosos y de conspirar contra ella en com-